

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL MENSAJE DE MOISÉS

Fernando Olavarría Gabler

86



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

EL MENSAJE DE MOISÉS

Fernando Olavarría Gabler

EL MENSAJE DE MOISÉS

En el platillo de plata que hacía la función de tarjetero, sobre el pilar donde empezaba la escalera de madera, había un papel escrito por su madre que decía así: “Vino Moisés y dejó el recado a José que vaya a su casa esta tarde porque le tiene un regalo de su jefe”.

José quedó perplejo, ¿un regalo de don Moisés, el anticuario que tenía su negocio a media cuadra de la suya? Todo esto era muy extraño, porque el anciano judío nunca deambulaba por las calles de los cerros de Valparaíso, y menos para dejar recados.

Era un hombre solitario y tímido sin ningún asomo de instinto gregario.

La única relación que tenía José con el viejo, era que de vez en cuando, al estar aburrido los días domingos y sin poder conversar con nadie en las desiertas calles de su barrio, José salía a caminar y de paso entraba a la tienda del viejo Moisés que siempre estaba abierta los domingos (y siempre cerrada los días sábados).

A José le atraían las antigüedades y toda clase de objetos extraños que había en esa oscura tienda colmada de baratijas, mezcladas con otras cosas de mucho valor para los coleccionistas extranjeros y algunos santiaguinos que llegaban después de la misa de doce.

Uno de los objetos que más le llamaba la atención, era un vestido negro de mujer del siglo XIX que colgaba de una frágil percha de alambre y que estaba suspendido en el aire por una cuerda

que bajaba de una viga. El vestido oscilaba coquetamente con las corrientes de aire y José se preguntaba a quién habría pertenecido esa prenda. Se imaginaba a una mujer pequeñita, quizás viuda. En su fantasía la veía bebiendo mistela en algún salón porteño. ¿Cómo llegó el vestido a la tienda del anticuario? ¿Habría llegado dentro del cajón de una cómoda que remató el viejo judío? Otra posibilidad era que, después de sepultar a la joven dama, los sepultureros en la noche le hubieran sacado el vestido para venderlo y beber vino a su salud.

Como era habitual, en ese domingo en la tarde, frío y nublado, la tienda estaba abierta y con las luces encendidas. José entró hasta el mesón y llamó:

¿Don Moisés?..... ¿Don Moisés?, soy José Pivonca, su vecino.

¡Don Moisés! ¿Hay alguien aquí?... ¿Usted me dejó un recado?....

Silencio. Ninguna respuesta.

José, algo molesto, se atrevió a levantar la tabla horizontal del mesón, la hizo girar hacia arriba y al lado, y avanzó.

-Don Moisés. Vengo a visitarlo. ¿Está usted por ahí?

Silencio absoluto.

Ante la total falta de respuesta José se envalentonó y avanzó hacia una habitación contigua. Ésta estaba repleta de cajones y cajas

EL MENSAJE DE MOISÉS

de cartón semiabiertas, algunas de ellas dejaban ver una multitud de cachureos y otras cosas propias de las mercancías de los anticuarios. Naturalmente, lo que más abundaba allí era el polvo y un olorcillo a humedad y a hongos.

Por entre los cajones, José percibió una luz y al rodear una muralla formada por unas grandes cajas, se encontró con otra pieza que estaba intensamente iluminada. En un principio pensó que se trataba de un potente foco de una lámpara o un reflector, pero al entrar al aposento con la intención de buscar el interruptor de luz y apagarla, se dio cuenta de que en el centro de esta nueva habitación había una persona, alta de estatura y era ella la que irradiaba ese deslumbrante resplandor.

José quedó fascinado con esa figura, y al mismo tiempo con bastante temor, pero ésta le sonrió como dándole la bienvenida. Sus ojos eran grandes y de ellos brotaba un misterioso fluido telepático que traspasaba el alma y llegaba a lo más íntimo de la personalidad humana. José sintió una gran alegría y paz interior, y el ser sonriente, sin mover sus labios, le dijo: No temas. Sé lo que piensas. ¿Acaso no adivinas?

-Creo poder adivinar- balbuceó José. Veo tu rostro luminoso y tu cabellera larga y ondulante, pero no veo las alas.

-Las alas es un elemento simbólico que han ideado los seres humanos para darnos mayor espiritualidad, pero no las necesitamos

para volar, podemos desplazarnos

-¿En todas las direcciones?- interrumpió José, nervioso.

-No. En todas las dimensiones- corrigió el ser luminoso.

Pero vamos a otro tema, si quieres recibir el regalo del Jefe de la persona que andas buscando, tienes que salir por este umbral. Afuera encontrarás un carruaje tirado por un borrigo. Lo guía una pequeña niña. Por muy extraño que encuentres el viaje, sube a él y confía en ella.

José quedó asombrado ante estas palabras y sin vacilar obedeció las instrucciones del luminoso y sonriente personaje. Avanzó por el aposento oscuro hacia un umbral por donde entraba la luz del sol.

Ha mejorado el día -pensó- porque cuando salí de mi casa el cielo estaba bastante nublado.

Le llamó la atención que, al salir a la intemperie, no se encontró con calles ni casas sino con un árido paisaje de rocas y arena.

Un poco más allá parecía estar esperándolo un frágil y tosco carruajito de dos ruedas con un toldo de pieles de cabra que cubrían también las paredes verticales de la armazón del carro. En el pescante, sosteniendo las riendas, estaba sentada una niña de aproximadamente diez años de edad. Su tez era morena, el pelo negro y liso y sus ojos brillantes expresaban inteligencia. Su sonrisa

EL MENSAJE DE MOISÉS

era amistosa y dejaba ver una dentadura blanca, perfecta.

-¡Salom!- te estoy esperando José.

-¿Cómo sabes mi nombre?- preguntó José extrañado, mientras echaba un vistazo hacia el umbral por donde había salido. Tenía la intención de despedirse del ser misterioso que lo había enviado hacia afuera. El umbral pertenecía a una sólida casa de piedra con ventanas rectangulares contiguas al umbral. A José le llamó la atención que la casa no tenía tejado y se le ocurrió que no la necesitaba porque en este mundo donde se encontraba ahora, jamás llovía.

Partió el carro con la niña en el pescante y José atrás, con las paredes y el techo cubiertos por las pieles de cabra.

El terreno por donde se trasladaban era de superficie bastante irregular, y José, sentado en el piso del carromato, afirmándose con ambas manos en las varillas del armazón que sostenía las pieles, se sentía bastante incómodo, estaba en semipenumbra, su región lumbar rozaba con una arista de una tabla y le hacía daño en cada movimiento brusco del carromato. Decidió entonces trasladarse al pescante y sentándose al lado de la niña contempló el paisaje.

En esos momentos pudo comprobar que iban a través de un pálido desierto en el cual no se veía casa alguna. De vez en cuando uno que otro matorral de ásperas ramas rompía la monotonía de esta agreste e imponente naturaleza.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



EL MENSAJE DE MOISÉS

Atardecía. El sofocante calor que había soportado en el interior del carro, había declinado y ahora su cuerpo recibía una fresca y reconfortante brisa.

-¿Cuál es tu nombre?- preguntó José distraídamente, mirando hacia la lejanía.

-Miriam.

-¿Eres de origen árabe?

-No. Soy hebrea- respondió la niña sonriendo.

-¿Eres pariente de Moisés?

-Sí.

-¿Vas al colegio?

-No sé lo que es eso.

-Entonces, ¿qué haces?

-Conduzco este coche y cuido al burro.

-¿Cómo se llama el borrico?

-Jamor Katan.

-¿Qué significa ese nombre? ¿Se puede traducir?

-Sí. Significa burrito, un burro chiquito. Con él cumplo los pedidos de mi madre.

-¿Cómo se llama tu mamá?

-Igual que yo.

-¿En qué trabaja?

-Es profetiza.

-¿Es queeé?

-Profetiza. Ya lo has oído, rió la niña.

-Extraña profesión.

-Y, ¿a qué te has dedicado ahora último?

-Me han mandado ir a buscarte para que estés presente en el entierro de mi tío Moisés.

José quedó consternado. Moisés había muerto. Ahora se explicaba en parte el recado que había dejado su madre en el platillo de plata. El pobre viejo se habría sentido enfermo y habría recurrido a él. ¿Para qué? Para que se hiciera cargo del negocio o para entregarle el regalo de su jefe. ¿Qué jefe? José no sabía que Moisés tenía un jefe. Nunca lo había visto. Tampoco sabía que tenía parientes. La niña Miriam podría ser su nieta- pensó.

Mientras estaba en esas cavilaciones, en la lejanía, sobre el horizonte del desierto, divisó unas nubes y entre ellas observó cómo relucían numerosas superficies diminutas, muy brillantes, como ventanas, que refulgían al sol del atardecer.

Toda esa escena maravillosa, semiescondida entre los grises nubarrones, daba el aspecto de una gran metrópoli que lanzaba destellos luminosos sumergida en la penumbra.

-¡Qué hermosa ciudad! Exclamó José. Cuán grande es ¿nos dirigimos a ella?

Miriam se puso a reír. Su risa cristalina, plena de inocencia,

EL MENSAJE DE MOISÉS

estaba acorde con la pureza de la brisa que bañaba sus rostros y con la grandiosidad del paisaje.

-¿De qué te ríes?- preguntó José, contagiado con la alegría de la niña.

-Me río, contestó Miriam, con frases entrecortadas por la risa y que hacían reír también a José. Me río, por... porque dices que tenemos que llegar allá.

-¿Y eso te causa tanta alegría? Preguntó José, ahora más serio.

-Sí. Porque lo que tú ves es el cielo. Allí no hay ninguna ciudad, son las pequeñas nubes que reflejan los rayos dorados del sol que ya se ha escondido en la tierra.

Extraño espejismo, murmuró José. ¿Estás segura de lo que dices?

Como única respuesta Miriam, sonriendo, señaló con su índice y José divisó ahora, no las ventanas de la ciudad que reflejaban el sol sino un inmenso lago, como un mar, y las nubes grises lo rodeaban semejando una larga costa que formaba una especie de bahía.

-¿Ves? Todo ha cambiado. Tu ciudad ha desaparecido con el tiempo. Ahora vamos camino hacia el mar.

Hermoso paisaje cambiante- balbuceó José, perplejo. Hermoso desierto, hermosa travesía y hermosa mi pequeña niña que me guías en este viaje en tu carrito mágico.

Desde las alturas se veía el diminuto carruaje que avanzaba por un interminable arenal y sus dos pasajeros cantaban una canción que la niña había iniciado y José la tarareaba sin conocer su letra.



Llegaron de noche a un valle donde había mucha gente. José pensó que eran nómades acostumbrados a vivir en el desierto, ya que sus habitaciones eran tiendas hechas de pieles de animales. Sus vestimentas no lucían muy limpias ya que el agua escaseaba y vestían atuendos que los protegían del sol abrasador durante el día. Pero lo más que le llamó la atención a José fue la tristeza colectiva de toda esa muchedumbre. Las mujeres lloraban a gritos y los hombres con rostros taciturnos parecían desorientados en su quehacer diario.

Miriam le explicó a José que su jefe, su gran líder religioso había muerto.

Estaban quince días llorándolo e iban a estar quince días más de duelo.

Lo habían enterrado en el desierto.

José, apesadumbrado ante esta escena, se bajó del carro y estiró las piernas.

EL MENSAJE DE MOISÉS

Hacía frío.

-¿A dónde hemos llegado Miriam?

Ella le respondió que se encontraban en el valle de Moab.

-Era un hombre maravilloso, comentó Miriam. Él nos guió durante cuarenta años por el desierto y allí nací yo. Nos protegió y nos dio leyes recibidas directamente de EL QUE ES, EL ÚNICO. ¡Bendito sea su nombre!

Además de sus leyes nos dio normas políticas, nos instruyó cómo evitar las enfermedades y preservarnos de lo impuro. Sus milagros han sido asombrosos y todo lo que hemos recibido por intermedio de él regirá el comportamiento de incontables generaciones, tan numerosas a través de los tiempos como las estrellas del cielo. ¡Es el profeta más grande que ha tenido la Tierra!

-Veo que has heredado el talento profético de tu madre - replicó José. ¿Cómo sabes tú todo esto?

Pero dime ¿qué estoy haciendo yo aquí en todo este duelo colectivo?

-Tendrás que creerme lo que te voy a explicar- susurró Miriam acercando su rostro a José.

Mi mamá me ordenó que buscara a Josué, hijo de Nun, ya que EL TODO PODEROSO, nuestro Dios, ha ordenado que él se haga cargo de nuestro pueblo para que atravesase el río que está cerca de este valle y conquiste las tierras que nos prometió. Me subí al

carrito, pero Jamor Katan se había intoxicado con unas plantas venenosas que hay aquí y en vez de ir al lugar donde se encontraba Josué, me condujo a través del tiempo a tu mundo, José, y te traje hasta aquí donde nada tienes que ver con todas nuestras tribulaciones.

-Muy interesante es todo lo que me cuentas, comentó José, pero ¿qué haré yo ahora?

-No te aflijas- replicó la niña llorosa. Yo no tengo la culpa de todo esto y mi mamá me ha reprendido con bastante dureza.

Te enviaré de vuelta a tu casa, pero esta vez no guiaré yo. Irás solo dentro del carro mágico y ahora Jamor Katan, ya repuesto de su envenenamiento no se equivocará de camino. Sube al interior y no salgas de ahí hasta que llegues a tu valle del paraíso. No te sientes en el pescante ni te asomes a través de las cortinas del carro, porque eso significaría tu muerte. Viajarás a través del tiempo, por entre las estrellas, durante un millón ciento ochenta y seis mil seiscientos quince salidas de sol hasta que llegues a tu hogar.

Si asomas tu cabeza, atisbando por donde viajas, te pasará lo de Lot y tu cabeza convertida en una bola de sal viajará eternamente en el firmamento como una estrella fugaz.

Adiós José, antes de irte te daré un recuerdo de nuestra amistad. Una vez, cuando mi tío bajaba del monte con unas piedras planas escritas por ambos lados donde venían las instrucciones del

EL MENSAJE DE MOISÉS

comportamiento que debía seguir nuestro pueblo y todos sus descendientes, vio con gran ira que las tribus habían olvidado el pacto de alianza con EL QUE ES (glorificado siempre sea su santo nombre) y furioso tiró las piedras planas al suelo que se rompieron en muchos pedazos.

Mi madre, que estaba presente, recogió un trozo de estas piedras y me lo regaló a mí. Yo lo he guardado como un talismán sagrado y me ha acompañado en todos mis viajes. Tómallo tú ahora como signo de nuestra amistad. Diciendo esto, Miriam sacó de su vestido un pequeño objeto envuelto en un cuero de cabra. Lo desenvolvió y a la luz de las fogatas José pudo observar entre sus manos un trozo de piedra plana y en una de sus caras estaban grabadas unas extrañas letras que, naturalmente, no pudo leer.

Después de agradecerle a la niña su extraño regalo, lo guardó en el bolsillo de su chaqueta y dándole un beso en la frente, se despidió de ella y se introdujo en la cabina del pequeño carro.

¡Salom Miriam!- gritó desde adentro.

¡Salom! ¡Te quiero mucho!

El borrico empezó a caminar y José, rendido por el cansancio y por tantas emociones, se acurrucó en el piso del carro y se quedó dormido.

No sabe cuánto tiempo viajó, solamente se dio cuenta de que la luz de la mañana se filtraba por entre las rendijas de los cueros de

cabra de la cabina.

El carro rodaba por una calle empedrada y las pisadas del burro resonaban en ésta. De pronto el borrico se detuvo y José al percatarse de que no continuaba avanzando, después de varios minutos de vacilación llegó a la conclusión que su viaje había terminado. Asomó la cabeza con cautela y constató con asombro que se encontraba ¡en una calle de Valparaíso!

Frente a él había un gran arco y una alta muralla cuyos bordes estaban cubiertos en parte por pasto seco.

Se bajó del carro y se aproximó a un portón situado debajo del arco. Era un viejo portón de hierro enmohecido cuyas dos hojas estaban cerradas por una herrumbrosa cadena y un candado. Al atisbar por la rendija dejada por las dos hojas, constató que se trataba de un cementerio. Le llamó la atención que en las tumbas no existía cruz alguna. Este símbolo estaba reemplazado por una estrella de David.

Probablemente es un antiguo cementerio israelita- se dijo.

Estaba en estas meditaciones cuando el portón se abrió presionado por el cuerpo de José que estaba apoyado en él; entonces se dio cuenta de que el candado estaba cerrado solamente en un eslabón de la cadena y el otro extremo estaba superpuesto simulando que el cierre era completo. Empujó suavemente una de las puertas y entró.

EL MENSAJE DE MOISÉS

Parecía un cementerio abandonado ya que el pasto seco invadía el terreno entre las tumbas. No había indicios de que alguien lo hubiera visitado por mucho tiempo.

En el centro del campo santo había una imponente construcción de piedra con un portón similar al de la calle. José llegó hasta allí y traspasó el umbral con precaución.

En el interior del edificio pudo observar que reinaba un ambiente del todo diferente a lo que había visto allá afuera. El aire que se respiraba era fresco y altos ventanales de vidrio opaco permitían la entrada de una luz que iluminaba en forma difusa todo el silencioso ambiente, inspirando una sensación de paz, solemnidad y misterio.

Un césped verde y muy bien cuidado tapizaba el piso de este santuario o mausoleo cuyas paredes por dentro estaban cubiertas de blanco mármol. Magníficas estatuas de ángeles de bronce impedían la entrada de luz por los ventanales más bajos que circundaban todas las paredes.

En el centro del prado había un monumento de granito en cuyo extremo José observó unas Tablas de la Ley. Eran dos tablas de las Declaraciones Divinas en que las leyes estaban escritas y grabadas por los dos lados. Relucían como si estuvieran fundidas en oro y su escritura era ilegible para José. Entonces, acordándose del regalo de Miriam, sacó del bolsillo el pequeño trozo de piedra que le había

regalado; comparando las escrituras pudo constatar que se parecían y cogiendo el pedazo de piedra lo puso sobre lo que coincidía con la escritura de oro. ¿Qué se leía en ese trozo? ¿Sería uno de los mandamientos? ¿Y cuál de ellos? Por la corta frase de lo escrito podría corresponder a un mandamiento ordenado en forma escueta: No robarás -por ejemplo- o: No matarás. Sí. No matarás. Supongamos que fuera ése, y era el regalo que Moisés le había dado por intermedio de Miriam. Un regalo de un valor inconmensurable. ¡Un legado recibido directamente de Dios! José se quedó pensativo y consternado en el interior del santuario. La humanidad a través de los tres mil doscientos años de historia en que había recibido el mensaje de la Ley de origen divino ¿había cumplido esos mandatos? En parte sí, en gran parte no; pero sí era evidente que ANTES de esos tres mil años de evolución de la humanidad, el hombre había recibido normas precisas de comportamiento moral de origen divino.

¡Cuántos padecimientos ha sufrido el ser humano por no hacer caso a esas normas sagradas!

José salió respetuosamente del cementerio y juntando las hojas de hierro del portón de la calle dejó el candado y la cadena como estaban antes de entrar.

Se fue caminando por la calle solitaria.

De pronto se acordó que el talismán de Miriam lo había dejado

EL MENSAJE DE MOISÉS

distraídamente al lado de las tablas de oro en el interior del santuario del cementerio. Volvió presuroso sobre sus pasos pero no pudo encontrar el campo santo. Éste había desaparecido esfumándose definitivamente en la inmensidad del tiempo.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.